

# Clavelina



Eduardo  
Kovalivker

**EDUARDO  
KOVALIVKER**

# **CLAVELINA**

 **Planeta**

## De cómo cambié un mar por otro

Ayer Enrique me dijo:

—Viejo loco, ¿por qué no te pones a escribir todas esas historias que viviste? Tal vez, nadie te crea, pero por lo menos no tendrás tanto tiempo libre y dejarás de venir a mi casa a cada rato a molestarme y a tomarte mi whisky.

—No es cierto, esclerótico. Recién acabo de regresar de mi viaje por el interior, en los últimos nueve meses no te visité y casi no te escribí. Estuve cumpliendo una misión fundamental: les enseñé a muchos jóvenes a leer poesías y a escribirlas, les abrí el mundo de los poetas que nosotros tanto amamos.

—Calla, hipócrita. Es cierto, lo hiciste. Pero en el fondo lo único que buscabas era seducir jovencitas; te conozco, basura.

—«El chancho hablando de higiene», como dice el dicho. Además, no pienso volver a tu casa a tomar whisky, porque el que tienes ahora es una mierda.

—Tomátelas, Juan.

—Chau, lisiado.

Enrique tenía razón; si no hacía algo que me interesase, en poco tiempo estaría borracho la mayor parte del día y otra vez volvería a querer meterme en el mar con la ropa puesta a mirar los peces desde abajo como hizo Alfonsina.

Y aquí estoy; contando: algunos de estos episodios fueron escritos en los momentos en que sucedieron y los transcribiré sin cambiar palabra y a los otros me los entregará la memoria. Eso espero.

Nací en Uruguay, en un pueblo de pescadores; mi padre era el médico para todo servicio y mi madre la enfermera que lo ayudaba a mantener vivos a los vivos y matar a los que ya el destino había decidido que debían morir. A mí no me atraía la profesión de mis padres, no me interesaba lo que le dolía a la gente. Yo amaba el mar, era mi compañero en los días del verano, aunque de niño, en los tormentosos inviernos, lo consideraba un monstruo que mataba a los pescadores con su furia, igual lo amaba.

En un invierno de esos en que parecía que la lluvia no acabaría nunca y mi amor por el mar me abandonaba, me hice amigo de la literatura. El responsable de esa amistad, que en poco tiempo se convirtió en pasión, fue un viejo que un día llegó al pueblo en un camión tan viejo como él. Lo traía repleto de libros. Se instaló en una amplia vivienda

frente al mar y tardó dos días en descargarlo, pues no quiso que nadie tocara su tesoro. Cuando terminó lo puso en marcha, lo trasladó hasta la parte trasera de la casa y se olvidó de él. Con el tiempo el armatoste se convirtió en una vivienda de pájaros marinos.

Yo tenía entonces catorce años, estaba paseando por la orilla del mar y fui el primero en el pueblo que lo vio. Al poco tiempo comenzó a circular entre la gente una extraña leyenda. Esta decía que el personaje tenía más de ciento cincuenta años y visitaba con ese camión los pueblos más lejanos y humildes. Se detenía en ellos para que la gente pudiese disfrutar de sus libros y además se los leía a quienes no sabían o no podían leer. Pero lo más extraño que decían era que ese mismo hombre, a finales del siglo diecinueve, conduciendo un gran carretón tirado por bueyes, cumplía esa hermosa misión en provincias del litoral argentino como Corrientes y Entre Ríos y en algunos pueblos de la Banda Oriental... ¿Era él?

Acondicionó la vivienda. En el gran salón de la casa y en dos habitaciones contiguas armó la biblioteca. Eran miles de libros: cuentos, novelas y poesías. Yo creía entonces que en ese lugar se encontraban todas las poesías y todos los cuentos del mundo. Con los años pude saber que, si bien no todos, eran los más bellos de la literatura universal.

Quienes querían podían ir a su casa a leer, tenía un gran salón con una terraza sobre el mar; alguna vez llegué a contar cincuenta personas en profundo silencio concentradas en la lectura. No hablar, no comer,

no fumar, eran las exigencias del viejo; si no obedecías, te echaba. Y era para siempre.

Al recibirte te preguntaba qué querías leer, si le decías humildemente que no sabías, te miraba, te estudiaba y te traía un cuento o un libro de poesías, y jamás se equivocaba en su elección; todos salían satisfechos. Pero cuando le decías lo que querías, iba a buscarlo y te lo entregaba sin decir una palabra.

También había otras reglas. En la entrada había un cartel que decía:

A. PROHIBIDO RETIRAR LIBROS.

B. PROHIBIDO MALTRATARLOS.

Si no cumplías, era como la muerte; no volvías más.

Yo las leí y las acepté desde el primer momento.

Cuando entré por primera vez en la casa me presenté y deslumbrado por esa biblioteca que me parecía inmensa, le dije:

—Maestro, quiero que me guíe por ese mundo suyo, elija los libros que leeré hasta el día en que me vaya del pueblo o hasta el día en que usted nos abandone.

—Tu pedido es una muestra de respeto, me halagas; lo haré, muchacho. Además no te preocupes, este pueblo es el final de mi camino.

Empezamos con la poesía, fueron miles de poemas; me marcaba los mejores de cada poeta, los comentábamos, los copiaba, les hacía anotaciones y a muchos los aprendí de memoria. Luego vinieron cuentos y novelas; fueron horas y horas flotando sobre la literatura del mundo.

Así transcurrió mi escuela secundaria; ponía poca atención en las clases y esperaba el timbre de salida para correr a mi casa; tomaba la leche y volvía a salir corriendo otra vez hacia la casa del viejo. Una mujer limpiaba todas las mañanas y yo acomodaba en los estantes los volúmenes dispersos en las mesas antes de regresar a mi casa.

Cuando terminé el último año, mis padres anhelaban que ingresara a la universidad para seguir alguna carrera, no importaba cuál. Al principio querían que fuese médico para continuar la costumbre familiar y ocuparme de los enfermos del pueblo, pero al ver mi falta de interés y mi pasión por los libros, pensaron que un doctorado en literatura sería lo más apropiado. Yo estaba absolutamente seguro de que no quería estudiar nada. Tan solo quería leer y conversar con el viejo.

Tenía pocos amigos y aunque mis instintos sexuales se exacerbaban día a día y me masturbaba casi a diario, tenía miedo de acercarme a las muchachas.

Ansiaba terminar de leer un día esa maravillosa e interminable biblioteca, a veces temía que el viejo muriera y yo no pudiese lograrlo, pero él no mostraba ningún interés en morir o achacarse.

Siempre flaco y erguido, medía un metro ochenta, aproximadamente. Con los años los hombres disminuyen su estatura, este no.

Una noche mi padre decidió terminar con mis inquietudes literarias.

Recuerdo que después de cenar fuimos a sentarnos en los sillones del living a conversar y tomar café, como lo hacíamos a menudo. Nos ubicamos y sin preámbulos me dijo seriamente:

—Hijo, no puedes seguir en el limbo. O estudias o trabajas, en el mundo no hay lugar para lectores perpetuos y en casa tampoco hay lugar para vagos. Tu madre y yo hemos trabajado toda la vida.

—Entendí, papá, lo siento. No quise abusar de ustedes.

No fueron necesarias más palabras. Tenían razón. Salí de casa y caminé hasta el mar. Fue entonces cuando tomé una determinación: de él obtendría mi sustento.

¿Qué mejor que trabajar en el lugar que amaba?

No se me ocurrió en ningún momento vivir de la literatura.

A la mañana siguiente fui a ver a mi amigo Enrique. Sabía que él tampoco quería estudiar y estaba pensando en irse, pues en el pueblo no había ninguna actividad interesante en la que pudiese trabajar. En realidad, lo único que le interesaba era escribir poemas de amor; evidentemente no era un trabajo

para ganarse la vida. El tipo vivía en estado de amor perpetuo. A los nueve años ya se había enamorado de la vecinita de enfrente de su casa. Todos los días le dejaba una poesía por debajo de la puerta, hasta que el padre de Cristinita lo sorprendió justo en el momento en que lo hacía por enésima vez. El hombre abrió de repente y le dijo:

—Mocoso de mierda, dejá de tirar basura en mi casa. La próxima vez, te arranco una oreja.

Fue su primera desilusión; pero él no se amilanaba ante nada. A los doce, se enamoró perdidamente de la mucama y la llenó de versos; aunque era casi analfabeta, la mujer los guardaba amablemente en una cajita de zapatos. Ahí le fue bien, porque el día en que cumplió trece años ella lo dejó entrar en el palacio de sus masturbaciones diarias (las de él, no las de ella), o sea, su vagina.

Enrique se creyó el rey del mundo ante semejante hazaña.

A los quince le tocó el turno a la profesora de Educación Democrática, una linda rubia, de veinticinco años, medio gordita y con unas tetas gigantes.

Le mandó tres poemas de amor, en las mismas hojas también le solicitaba un encuentro secreto. A la mañana siguiente del último envío, el marido de la tetona lo estaba esperando en la puerta de la escuela. Traía en la mano las hojitas con los versos de mi amigo, cariñosamente lo encaró y le dijo:

—Otra vez que molestes a mi mujer, te meto en el orto todos los papelitos de mierda que le escribís; pero con la punta de mi pija. ¿Entendiste?

Como a Enriquito le interesaba mantener su culo intacto, abandonó discretamente el acoso a la profesora.

Cuando cumplió veinte años, lo festejó escribiendo su poema de amor número mil quinientos setenta y tres. La mayoría los había dejado en manos de supuestas enamoradas.

No fue tan mala su performance de poeta; él dice que compartió cogidas con casi la mitad de las mujeres a las que les entregó sus poemas.

Hoy, a los sesenta años, Enrique lleva escritas alrededor de diez mil poesías. Creo que es el poeta más prolífico del mundo y, ¿saben una cosa?, muchas de ellas son buenísimas.

Este viejo rengo también dice que tuvo casi cuatrocientas novias, amantes o historias. Extraordinario, pero ya me tiene las pelotas llenas y además no creo que haya tenido tantas amantes. La próxima vez que lo vea le diré que es un mentiroso y que me tiene podrido, pero no le diré que escribe bien.

Debo decirles que habíamos sido compañeros en las escuelas primaria y secundaria, siempre andábamos juntos. Mi madre muchas noches me leía poemas antes de dormir; me había enseñado «Marcha triunfal» de Darío y «Canción del pirata» de Espronceda, y yo se las enseñé a él, teníamos once años. A

partir de los trece aprendíamos poemas de memoria. Mi madre nos guió al principio y después seguimos solos; Darío, Nervo, Almafuerite, Bécquer, Neruda y otros eran nuestras fuentes, de ellas bebimos miles de versos. No quiero olvidarme del *Martín Fierro*: habíamos llegado a recitar la primera parte sin olvidar una estrofa.

Después apareció el viejo con su biblioteca y allí crecimos con otros poetas, incorporamos a los Españoles: García Lorca, Miguel Hernández, Rafael Alberti... hasta Quevedo llegamos.

Amábamos de Darío «Sonatina»: «*La princesa esta triste/ qué tendrá la princesa*». Amamos también «Lo fatal»:

*«Dichoso el árbol, que es apenas sensitivo,  
y más la piedra dura porque esa ya no siente,  
pues no hay dolor más grande que el dolor de ser vivo,  
ni mayor pesadumbre que la vida consciente».*

Rubén es el poeta más grande de la lengua española. Y de Almafuerite amábamos su fuerza:

*«Yo te alcé en mis estrofas sobre todas  
hasta tocar los astros  
tócale a mi venganza de poeta  
dejarte abandonada en el espacio».*

Y estos versos de sus sonetos:

*«No creas que jamás te hayan querido  
por más besos de amor que te hayan dado».*

De Lorca habíamos aprendido de *La casada infiel* el mejor verso que se hizo para hablar de una cogida:

*«Sus muslos se me escapaban  
como peces sorprendidos  
la mitad llenos de lumbre  
la mitad llenos de frío.  
Aquella noche corrí  
el mejor de los caminos  
montado en potra de nácar  
sin bridas y sin estribos».*

Volviendo al tema laboral, Enrique había heredado de su padre un pequeño barco de pesca; nunca lo habíamos usado, le propuse que lo acondicionáramos y lo utilizáramos para pescar y luego vender el pescado en nuestro pueblo y en las ciudades vecinas. Me contestó:

—Juan, es buena idea. Salgamos al mar, lo único que nos puede pasar es que tengamos que volver nadando.

Nos dimos la mano y nos reímos juntos.

No fue una historia cruel de fracasos, de pérdidas o naufragios; poco a poco fuimos juntando capital, compramos otros barquitos y al cabo de veinte

años nos convertimos en la empresa pesquera más importante de la zona, con cámaras frigoríficas y muelle propio.

Habían pasado diez años desde el comienzo de nuestra sociedad cuando un día se presentó Clarisa en mi oficina; yo la recordaba como una alegre compañera de la escuela secundaria; se había convertido en la farmacéutica del pueblo, a veces conversábamos cuando nos cruzábamos por las calles; ya era casi una ciudad debido al impulso que nuestra empresa le daba a la zona.

Se plantó ante mí y sin preámbulos dijo:

—Vengo a buscarte para que nos casemos, tenemos veintiocho años y nunca pensé en casarme con alguien que no seas vos.

No lo había pensado pero me pareció buena idea, era bonita e inteligente. Con tanto trabajo que teníamos nunca se me había ocurrido formar un hogar.

Dos semanas después nos casamos. Tuvimos una vida feliz y tranquila, y dos hijos que se graduaron de economistas. A los cincuenta y nueve años les entregué la empresa y comencé a escribir poesías y relatos. En todo ese tiempo jamás pasé una noche sin que leyera algo antes de dormir. Nunca me había abandonado mi pasión por los libros. Allá por los setenta me encandilé con Borges, durante varios años sus obras completas estuvieron en mi mesa de luz. Sus cuentos, sus disquisiciones filosóficas, su poesía; todo era formidable, bellísimo. Creo que muchos de

sus pensamientos y de su arte me quedaron grabados y a veces subconscientemente en mis escritos él surge de mi pluma.

Enrique también les entregó su parte. No tenía hijos. Enamorado eterno, nunca se había casado.

No se las vendió, se las dio, solo les pidió a los jóvenes una mensualidad que le permitiese vivir holgadamente el resto de su vida. Por supuesto que mis hijos aceptaron. Fue entonces cuando Clarisa me dijo que ya no le interesaba vivir conmigo y que quería volver a ser libre; se fue de repente tal como había llegado. Me quedé solo y decidí recorrer el mundo. Quería salir de esa ciudad en la que había pasado casi toda mi vida.

Volvía esporádicamente a mi ciudad para estar con mis hijos y sus familias y luego de un tiempo me iba de nuevo.

Viajando, escribiendo y amando llegué a una isla en el mar del Caribe; habían pasado más de dos años desde aquel día en que salí de mi ciudad por primera vez.

Era un lugar mágico donde el mar azul y acogedor, en una especie de alquimia, transformaba la calidez de los hombres, el encanto de las mujeres y la alegría permanente del pueblo en un antídoto contra la pobreza endémica y la rigidez de los gobernantes.

Me cautivó la gente y los paisajes, arrojé mi ancla y al poco tiempo construí una hermosa casa a orillas del mar, en un pequeño puerto de pescadores.

En esa caleta, alrededor de los años cincuenta, guardaba su lancha un gran escritor que también amaba la pesca. Mi casa quedaba cerca del bar donde el hombre había cambiado poco a poco su sangre por ron y sus sueños por letras.

El día en que sus sueños se acabaron, para que las letras no se confundieran o se perdieran subió a su lancha, derramó sobre su cabeza y sus ropas varias botellas de ron, la puso en marcha y se alejó de la costa unos cientos de metros, allí vertió el resto de las botellas sobre el piso de la embarcación y a continuación se prendió fuego. Unas horas más tarde los pescadores recogieron sus restos del fondo del mar y los trasladaron a la orilla.

Yo llegué durante los años más duros de la isla.

Se había marchado la gran potencia que otrora la adoptara. Los padres protectores la abandonaron cuando vieron que su verde hija ya no les servía para alcanzar sus fines.

El destino de los pueblos es parecido al destino de los hombres.

El deseo de los países de dominar a otros aniquila los ideales y el egoísmo instintivo del hombre aniquila el amor al semejante.

Eran tiempos difíciles. Se comía lo que se encontraba, se dormía donde se podía, las fábricas cerraban por falta de materia prima e insumos, no había combustible, a los enfermos los llevaban en

brazos a los hospitales y a los muertos en carretilla al cementerio.

El pueblo aguantó la miseria y el hambre; algunos abandonaron la isla, pero la mayor parte acompañó a los dirigentes en la lucha por la dignidad. Poco a poco con inmenso sacrificio iban progresando.

Pero yo estaba bien, era extranjero, entraba y salía de la isla cuando quería. Tenía comida y dinero y en mi pequeña aldea ayudaba a los que podía. Me respetaban porque a pesar de las dificultades de la vida diaria yo permanecía junto a ellos.

Ahora que les conté quien soy y como llegué hasta aquí, les narraré la historia que perturbó para siempre ese mundo despreocupado y feliz que me había construido.